

Cortés la generosa conducta de su amada, le hizo preguntar afectuosamente por su hijo.

—Nuestro hijo,—exclamó Ihalí,—le he entregado á unos parientes de mi madre, que le prestarán los mayores cuidados.

Y mirando con tristeza á su amante, añadió.

—Ignoraba si se hallaría á vuestro lado la feliz mujer á quien habeis dado el título de esposa, y no queria presentaros recuerdos que os martirizasen.

Hernan Cortés estrechó dulcemente en sus brazos á Ihalí, y mirándola con ternura:

—Sois la criatura más angelical que he conocido,—dijo.

La llegada de un soldado puso fin á aquella escena.

De otro modo, hubiera sido facilísimo que Hernan Cortés, impulsado por la gratitud, se hubiera olvidado, aunque sólo fuera por un momento, de la fidelidad que debía á su esposa.

---

## Capítulo CXIII.

---

Padre é hijo.

El soldado que se presentaba á Hernan Cortés venia á confirmar las alarmantes noticias que le habia comunicado Ihalí.

Hernan Cortés, que no dudaba de la amistad de los tlascaltecas, envió allí un emisario solicitando su auxilio en aquella nueva campaña.

No se le ocultaba que el carácter indómito de Xicotencal podia impulsarle á aprovecharse de aquella circunstancia para vengarse de la humillacion que sufrió en otra ocasion; pero recordó al propio tiempo que á él le debía el que le hubiesen devuelto el mando del ejército, y creia que la gratitud obraria en él favorablemente á sus planes.

Cuando llegó el enviado de Cortés á Tlascala, se hallaban los neófitos practicando algunas ceremonias



católicas, adulteradas con reminiscencias de sus antiguos ritos, y asistía á ellas el senado, que no perdonaba medio alguno para estrechar más y más su amistad con Hernan Cortés.

El padre de Xicotencal, que al bautizarse habia tomado el nombre de Lorenzo, edificaba á los nuevos cristianos con las muestras de su devocion, y al verle de rodillas en el blanco pavimento de la capilla, iluminada su devastada cabeza, salpicada apenas con algunos mechones de plata, por la rojiza luz de resinosas *caobas*, cruzados sobre el ancho pecho sus flacos y nerbudos brazos, cerrar los ojos y levantar la voz rogando favorosamente al cielo por la causa de la *justicia* (¡la causa de los conquistadores!), un observador imparcial se hubiera maravillado, creyendo encontrar en aquel indio la personificacion exacta del fanatismo de sus extranjeros dueños; el tipo perfecto de aquella época de fé y aberracion, en que la causa de Dios no era en Europa la de la humanidad, en que se enseñaba el dogma de la misericordia con la punta de la espada, con la llama de la hoguera, y se plantaba el altar de la hostia, cándida y pura, afirmando sus cimientos en un suelo enrojecido por inocente sangre.

Cuando terminaron las ceremonias, el senado se retiró gravemente.

Todos hicieron una observacion, que se comunicaron en voz baja: la de que el general Xicotencal no se habia presentado en el templo, no obstante de habérselo ordenado expresamente.

El anciano don Lorenzo se apresuró á disculpar á su hijo, por más que tampoco se hallase muy contento por la conducta de este.

Aparentaron los senadores quedar completamente satisfechos, y aconteciendo que se les trajese aviso en aquel instante de haber llegado de Méjico un mensaje urgente, expresaron con tono absoluto que era indispensable que asistiese al consejo que iba á reunirse, para oirlo, el jóven general de los ejércitos de Tlascalala.

En efecto; algunos minutos despues, hallándose reunidos aquellos magnates en el vasto salón de las asambleas, compareció, casi al mismo tiempo que los emisarios de Hernan Cortés, el valeroso guerrero.

Los embajadores del valiente conquistador de Méjico venian seguidos de una pequeña escolta de españoles, engalanados con marciales atavíos.

Xicotencal se presentó tambien en traje de guerra, realzado con las insignias de su elevado rango.

Blanco y encarnado eran habitualmente los colores que usaba aquel caudillo, y ellos formaban en el dia á que nos referimos el matiz vistoso del rico penacho que coronaba su casco de plata.

Descendiente hasta la rodilla un tonelote admirablemente tejido, de pelo de conejo tres veces empapado en liquido carmin, guarnecido de una franja ó cenefa de plumas de cisne, entretejidas con notable primor.

Debajo de esta falda, cubriale los muslos una coraza de algodón, roja tambien é impetrable á las sae-



tas más agudas, la cual le subía hasta el cuello sin embarazar sus movimientos, prestando sujecion en aquel extremo superior á un airoso manto blanco, que se unía á ella por medio de brochecitos de oro, y que caía hácia atrás, formando multitud de pliegues.

Sobre este llevaba á la espalda el arco y el carcax, el escudo al brazo, en la diestra una corta pica laminada de plata, y alta la visera, que dejaba ver la expresion ceñuda y melancólica de su varonil semblante.

Colócase á la derecha de los senadores, que ocupaban, sentados en hilera, magníficos divanes de maza caoba, y se mantuvo en pié, inmóvil y silencioso, mientras duró el discurso del enviado español, que se limitó á recordar la obediencia jurada por el senado de Tlascalala á Hernan Cortés, en virtud de cuyo juramento reclamaba le auxiliase la provincia contra la guerra que le amenazaba.

Añadió el enviado que tomó la palabra, que su jefe estaba reuniendo á todas las provincias que le eran fieles, y que esperaba que todos los tlascaltecas se apresurarian á acudir á engrosar sus filas; y terminó expresando la satisfacion que todos experimentarían si Xicotencal consentía en dirigir por sí mismo las huestes aliadas.

El senado, sin deliberacion alguna, votó propiciamente á las exigencias de su extranjero amigo, ordenando con tono absoluto al jóven guerrero, que hasta entonces habia sido mudo espectador de aquella escena, que reuniese sin pérdida de tiempo todas

las fueras de Tlascalala y marchase al frente de ellas á prestar el debido auxilio al general de Castilla, á fin de que llevase á cabo con ménos dificultades una empresa que á todos interesaba.

Adelantándose con paso mesurado y aspecto grave Xicotencal, y deteniéndose al frente de los senadores, la espalda vuelta á los emisarios, y apoyada ligeramente la robusta diestra en la pica de que iba armado, dijo con desenfado, aunque sin faltar á la moderacion que aquel lugar requería:

—¡Padres de la patria! si la voz de un guerrero, ya tantas veces desatendida por vosotros, pudiera resonar más alta en este día ó encontrar menos sorpresa vuestros oídos, levantárala resueltamente para decir os con franca lealtad, que Tlascalala debe aprovechar esta ocasion que se le presenta para sacudir el yugo de esos extranjeros; que Tlascalala no puede sin eterno oprobio adoptar por suya la causa de dioses y de reyes que no son los suyos.

Un murmullo de indignacion ahogó un momento la enérgica voz del orador; pero sobrepúsola á fuerza de pulmones, y añadió con entereza:

—Convencido, por desgracia, de que tales reflexiones son perdidas en este sitio, sólo quiero rogaros, ¡oh, padres de la patria! que cargueis vosotros solos la responsabilidad de actos que no puedo aprobar, que no acierto á comprender, y para los que no creo necesario en manera alguna el auxilio de mi humilde brazo.

El más anciano de los senadores tomó la palabra,



y desentendiéndose de cuanto acaba de expresar el joven guerrero, manifestó con acento solemne y severo que la república exigía la obediencia que le era debido, y le ordenaba ocupar el puesto que le había conferido, so pena de ser declarado indigno de él y exonerado como traidor.

Hubo también otro senador que le recordó que á la influencia de Cortés, y sólo á su influencia, debía el que se le hubiese repuesto nuevamente en su cargo.

La profunda indignación que estas palabras produjeron en Xicotencal, sólo pudiera compararse al amargo pesar que causaron en su padre las que vertiera el intrépido guerrero.

Padre é hijo, impelidos por tan contrarios sentimientos, se lanzaron á la vez en mitad de la sala, dispuestos el uno, según las apariencias, á arrancarse por su mano los distintivos del rango de que amenazaban degradarle por segunda vez, y el otro á interponer sus ruegos, para evitar, si era posible, la realización de aquella amenaza.

Al encontrarse, sin embargo, uno al frente del otro, el joven y el anciano, que tan tiernamente se amaron hasta el día en que se interpuso entre ellos el guerrero de Castilla se detuvieron de súbito, clavándose recíprocamente una mirada de dolorosa inquietud.

Cada uno, en efecto, recelaba con razón de las intenciones del otro.

Xicotencal temía se humillase su padre en pre-

sencia de aquel concurso, intercediendo por él con el senado.

El neófito don Lorenzo preveía por su parte que el imprudente mancebo iba á agravar más su culpa con algún nuevo exabrupto de importuna soberbia.

Miráronse los dos un momento, entre sobresaltados y tristes.

Pero rompiendo el silencio Xicotencal, dijo con tono de respetuosa queja:

—¡Todavía, oh padre, todavía te empeñas en causarme disgustos! El senado de Tlascalala, ese senado que...

El anciano se dió prisa á interrumpir una frase cuyas primeras palabras anunciaba acerba acusación, y con las lágrimas en los ojos, trémulas las manos, balbuciente la voz y presuroso el acento, dijo al fogoso caudillo en ademán suplicante:

—¡Xicotencal! ¡Hijo mio! Hoy cumplen veintinueve años que tu madre, pálida y desfallecida por los dolores atroces con que anunciaste tu venida al mundo, te puso en mis brazos, diciéndome:

»—Los dioses te han dado un hijo y un ciudadano á la patria.

¡Xicotencal! ¡Hoy hace veintinueve años, y la patria llama inútilmente á su ciudadano, é imploro yo en vano á mi hijo!

¡Xicotencal! En el instante en que la patria te diga: *¡yo te rechazo, mal ciudadano!* tu padre responderá á su voz: *¡yo te maldigo, mal hijo!* Pero la



luz de aquel día será la postrera que alumbrará mi vida.

¡Xicotencal, piensa en esto! Hoy hace veintinueve años que viniste al mundo atormentando á tu madre, que sonreía orgullosa, sin embargo, en medio de sus lágrimas, porque yo la decia: »Me das un hijo que será mi ventura.»

Aquel tierno recuerdo, expresado con sencillas voces y patético ademán, conmovió hondamente el noble corazón del joven general.

Todavía quiso, en la lucha de su ternura y su resentimiento, lanzar una mirada acusadora al senado, testigo silencioso de aquella escena.

Pero el llanto que, á pesar suyo, se agolpó repentinamente á sus párpados, veló los rayos de sus pupilas de fuego, y avergonzado de su debilidad, á la par que impelido por su afecto, largo tiempo reprimido, echóse en brazos de su padre, y por más de dos minutos los sollozos embargaron su voz.

Conmovidos los circunstantes, conservaron igualmente silencio.

El senado dió visibles muestras de haber depuesto su severa gravedad:

Irguiendo por último la cabeza Xicotencal, exclamó:

—Hoy hace veintinueve años que vine al mundo y en aquel día, la patria y mi padre, fieles á sus dioses y celosos de su libertad, diéronme el valor que siempre distinguió á los tlascaltecas y la independencia de carácter innata á ellos.

¡Hace veintinueve años, y la patria y mi padre me demandan hoy que renuncie á una ocasión propicia! ¡Me arman á nombre de extranjerías divinidades para conservar en el trono á los tiranos que nos le han usurpado!

Los ultrajes que pudiera atraerme mi justa resistencia no me reportarian afrenta; pero ha llegado á mi corazón la voz del padre que me dió el ser, y no me siento bastante fuerte para comprar mi gloria á precio de lo que juzga su dicha.

Hoy hace veintinueve años que vine al mundo, y desde aquel día pertenezco á Tlasecala y al que me dió vida para servir á Tlasecala.

Dispongan de mí Tlasecala y mi padre; pero no caiga sobre el que obedece la responsabilidad del indigno mandato.

He dicho, padres de la patria: apenas el sol haya velado sus rayos para no alumbrar nuestra afrenta cincuenta mil guerreros saldrán conmigo para Méjico.

Desapareció tan luego como hubo terminado estas palabras, en medio de vítores de los asistentes, y según lo ofreciera, á la última hora de la tarde se le vió salir con un ejército numeroso, en cuyo centro brillaba, á la tibia luz del crepúsculo, la orgullosa enseña de la república, que era un águila blanca en campo rojo, encumbrándose altiva, fijos los ojos en un sol de oro.

—¡He recobrado á mi hijo!—decia llorando de alegría el anciano don Lorenzo.

Y sin embargo, un amargo presentimiento opri-



mió su pecho al pronunciar estas palabras, y se le oyó murmurar con acento trémulo:

—Hay felicidades parecidas al relámpago: lucen al estampido del rayo que mata, y llevan en pos oscuridad profunda.

---

## Capítulo CXIV.

---

El caudillo tlascalteca.

Magnífico aspecto ofreció la revista general que pasó dos días después Hernán Cortés á las tropas de las provincias que habían acudido á su llamamiento.

Las diferentes banderas se confundían bajo el pendón de Castilla, enarbolado en aquella tierra extranjera y remota por el ilustre caudillo.

En la noche de aquel mismo día, cuando ya todas las tropas se habían acuartelado y yacían en descanso los moradores de Méjico, un hombre de elevada estatura, envuelto en un ancho manto á manera de albornoz, se paseaba lentamente contemplando la bóveda azul salpicada de brillantes estrellas.

Tristes pensamientos agitaban al personaje que nos ocupa, y cuyo nombre dejará de ser un misterio para nuestros complacientes lectores, si paran mien-



tes en una observacion que vamos á hacerles , y es que á los tibios rayos de la luna, que se avecina á su ocaso en el instante mismo en que ofrecemos á su vista al paseador solitario, se puede distinguir por la abertura de su manto, que agita algun tanto la brisa de la noche, que son blanco y rojo los colores de su vestidura.

Supérflua, sin embargo, nos parece esta advertencia, pues deteniéndose por cuarta ó quinta vez en actitud pensativa, pronunció estas palabras, que no pueden dejarnos duda alguna respecto al nombre del que las proferia:

—¡Oh! ¡Tenoxtitlan, Tenoxtitlan! ¡Muy niño he aprendido á aborrecer tu nombre, y hoy, avergonzado delante de tí, porque, como tú, sufro el yugo de los extranjerós, para mayor afrenta vengo á defenderte contra otras tribus que aspiran á recobrar su antigua independencía.

No dijo más, porque agolpábanse á su mente multitud de ideas y de reflexiones, que era imposible pudiera expresar el lábio.

Después de haber hecho al sentimiento filial el sacrificio impremeditado de sus íntimas convicciones, sintió Xicotencal debilitarse aquel impulso.

Ruborizóse de su flaqueza, y más de una vez le asaltó la tentacion de volver atrás y rendir á los piés de su padre, causa querida de su vergüenza, una vida que detestaba, si habia de serle forzoso mancillarla, exponiéndola voluntariamente en defensa de extranjerós tiranos.

Hubo momentos en los que llegó á parecerle, no solamente loca, sino tambien criminal y cobarde, la ayuda que iba á prestar su brazo á la defensa de los españoles.

Habia visto aquel dia la formidable fuerza que habia acudido al llamamiento de Hernan Cortés.

Conocía por experiencia las extraordinarias ventajas que le prestaban su táctica y la disciplina de su tropa, así como la superioridad de sus armas, y al pensar en la sangre que iba á derramarse en aquella lucha, no pudo ménos de estremecerse.

—Pero de todos modos,—se decia,—¿cuál será la suerte de Tlascala? Instrumento hoy de la ambicion ajena, ¿qué debe esperar de aquellos cuyo yugo se ha impuesto ella misma?

¡Oh! ¡Ilusa y caprichosa república! ¿Deberé ceder tus locas exigencias y á los indiscretos ruegos de un padre, cuya razon se ofusca con los hielos de setenta inviernos?

¿Pelearé aquí bajo las órdenes de un jefe extranjeró para consolidar sus conquistas, en tanto que el senado de Tlascala, adormecido por engañosa confianza, no escucha una voz leal que le dice; «¡Levántate, insensato! ¡Levántate, que aún es tiempo, y acaso no lo será mañana! ¡Levántate y mira á la patria, que hoy, alucinada por tu acento, olvida imprudente su gloria; pero que desengañada más tarde, te pedirá cuenta de su libertad, porque su libertad será sumergida en esos rios de sangre que van á correr por este suelo y á perderse en este lagol ¡Y qué premio te es-



pera despues de la lucha? Que el tirano á quien has venido á auxiliar te avasalle más y más.»

Terminado este soliloquio, proferido con vehemencia y como si realmente le estuviese escuchando el senado, quedóse sumido en honda y larga meditacion.

Despues tornó á pasearse agitado, y luego á pararse con aire pensativo.

Era indubitable que fluctuaba durante aquellas horas, entre abrazar decididamente, ó desechar para siempre, una resolucion temeraria que le sujeria su mente.

Pero cuando observó que comenzaban ya á colorearse ligeramente las nubes del Este, y que en breve debia aparecer el sol, cesaron de súbito sus vacilaciones.

Calóse hasta las cejas la capucha de su manto, empuñó su pica, que habia clavado en la húmeda arena de la ribera, y echó á andar apresuradamente.

Seis horas despues, los otros jefes del ejercito tlascalteca dieron aviso á Cortés de que faltaba el general Xicotencal.

Un mayeque declaraba haberle encontrado á dos leguas de Méjico, solo y disfrazado, dirigiéndose á ganar la provincia vecina, en la que contaba con muchos amigos.

El caudillo español ordenó que algunos soldados corriesen al alcance del fagitivo, rogándole se volviese inmediatamente al campamento, y ordenándolo selo expresamente á nombre de la república, si no

bastaban á apartarle de su resolucion las instancias y los consejos.

Fatigado Xicotencal por tantos dias de secretos pesares y agitaciones, por una larga noche de vigilia y por tres leguas que anduvo sin descanso, se detuvo en un pueblecillo del territorio de Tezouco.

Allí le encontraron alojado en humilde choza los emisarios de Hernan Cortés.

Sorprendido á vista de ellos, pero sereno y resuelto, escuchó su mensaje sin interrumpirlos ni dar señales de disgusto ó aprobacion, hasta que hubieron agotado toda su elocuencia para encarecerle la fealdad de su desercion y lo indispensable que era para su gloria, y aun para la seguridad de su vida, se volviese con ellos á prestar sus servicios á la causa de la república, que se habia identificado con sus aliados.

El jóven caudillo limitó su contestacion á estas breves cuanto enérgicas palabras:

—Decid vosotros al que os envia, que al abandonar su campo no huyo de peligros, sino de la infamia, y que sobre aquel recaerá esta que ose interpretar con malicia la conducta de un guerrero que siempre fué el primero en lanzarse al combate y el último en retirarse, cuando se lidiaba por la libertad y el honor de la república, no por los intereses de adivenedizos codiciosos.

Los comisionados tuvieron que volverse á Méjico sin haber conseguido su objeto.

Al dar cuenta del resultado de su mision á Her-



nan Cortés, este creyó que habia llegado el caso de obrar con energía.

—Volved en su busca,—les dijo,—y muerto ó vivo conducidle á mi presencia. Sensible me es adoptar esta resolucion con el que era mi amigo; pero si se obstina en desobedecerme, y no trato de someterle á mi autoridad, interpretará por debilidad mi conducta. Yo creia que no se habria borrado en su alma el recuerdo de lo mucho que me interesé por él para que le devolvieran el mando del ejército despues de haber sido exonerado por los senadores. Su carácter impetuoso, soberbio, es causa de su deslealtad. ¡Que no se queje de las consecuencias que le sobrevengan!

Los soldados partieron otra vez.

Xicotencal habia continuado su camino abismado en profundas reflexiones.

—Estoy resuelto,—se decia;—consiento perecer en la lucha antes que ayudar á nuestros opresores. Aún conservo prestigio en este territorio. Los que ante el temor que les ha infundido el poderío de Hernan Cortés se han sometido á su yugo, al verme dispuesto á medir mis armas con él engrosarán mis filas. Los caciques me prestarán su concurso, y quién sabe si las demasías de ese extranjero serán causa de que yo ciña á mi frente la corona que villanamente nos ha usurpado.

Embebido en estas ideas, continuaba su marcha á paso regular, cuando percibió á su espalda el galope de unos caballos que al parecer se iban aproximando.

Desvióse un poco á la verada del camino, cobijándose bajo las pomposas ramas de un florido mamei, volviendo los ojos al punto de donde partia el rumor.

Poco despues distinguió claramente que venian efectivamente hácia él cuatro soldados españoles de caballería corriendo á media brida y seguidos por un alguacil, que montaba una yegua cordobesa perteneciente á Hernán Cortés.

Las miradas escrutadoras que echaban sin cesar á uno y á otro lado del camino, indicaban suficientemente que iban en pos de alguno, y Xicotencal no dudó ni un instante ser objeto él mismo de todas las pesquisa.

Así, pues, apenas vió próximos á los que al parecer le buscaban, salió á su encuentro con frente severa y ademan firme.

Apenas conocia algunas voces de la lengua castellana; pero haciéndose comprender, más por la elocuencia del gesto que por la de las palabras, dijo con dignidad:

—¡Teutlis! ¿Es á mí á quien buscais?

—Sí; venimos á obligaros á que de grado ó fuerza nos sigais.

—Reflexionad en esas imprudentes palabras que acabais de pronunciar, porque no creo que nadie tenga derecho para exigirme una cosa contraria á mi decoro.

—Dejémonos de razones, que en un caso podreis exponer delante del caudillo, y daos preso.



—Prendedme si os atreveis,—dijo Xicotencal, dirigiendo una mirada centelleante á los soldados.

Estos tiraron de las espadas, y antes de que se aproximase al guerrero atravesó él con su pica á uno de ellos.

Los demás cayeron precipitadamente sobre el audaz Xicotencal, le desarmaron, y amárrandole á uno de los caballos, le condujeron á Méjico.

---

## Capitulo CXV.

En el que es reducido á prision Xicotencal.

Apenas llegó á la presencia de Hernan Cortés, le preguntó este dando á su voz el acento de la mayor bondad:

—Vais á decirme, amigo mio, los motivos que os han impulsado á abandonar el campamento, precisamente cuando de un momento á otro se esperaba la batalla.

—Me parece que no me hareis la ofensa de suponer que habrá sido por miedo.

—Lejos de mí semejante idea; pero precisamente por esa razon es por lo que más extraño vuestra conducta.

—No creo que tengais que molestar mucho vues-